

Ventura-Juncá del T., Patricio

Mons. Elio Sgreccia, Don Elio, una personalidad inolvidable

Vida y Ética. Año 9, Nº 2, Diciembre 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Ventura-Juncá del T., Patricio. "Mons. Elio Sgreccia, Don Elio, una personalidad inolvidable"[en línea]. Vida y Ética. 9.2 (2008). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/mons-elio-sgreccia-don-elio.pdf>
[Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

DOCTORADO HONORIS CAUSA
A S.E.R. MONS. ELIO SGRECCIA

MONS. ELIO
SGRECCIA,
DON ELIO,
UNA
PERSONALIDAD
INOLVIDABLE

Dr. Patricio Ventura-Juncá T.

· Profesor Titular de Pediatría y Bioética
(Pontificia Universidad Católica de Chile)

A lo largo de la vida, uno tiene el recuerdo de algunas personas que nos causaron una gran impresión y de las que aprendimos algo importante, personas que, a veces, llegan a marcar nuestro camino en este mundo. Algunas nos han impresionado por su inteligencia, otras por su erudición, por su arte o por otras condiciones humanas. Para mí, conocer a monseñor Elio Sgreccia ha sido un hito importante en mi vida personal y académica. Probablemente en este libro dedicado a sus ochenta años hay otros autores que van a resaltar su brillante carrera académica en la Universidad del *Sacro Cuore*, su participación decisiva en el desarrollo de la Pontificia Academia para la Vida, su incansable trabajo por promover la cultura de la vida en diversos países del mundo, la fundación de la Federación Internacional de Bioética Personalista (FIBIP), y muchas otras iniciativas llenas de creatividad, constancia y dedicación en la línea de las palabras del Señor, que dijo: "He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10).

Yo me referiré a la experiencia que me ha significado conocer a Mons. Sgreccia y tener el privilegio de gozar de su aprecio y amistad. Desde nuestro primer encuentro me llamaron poderosamente la atención algunos rasgos de su personalidad. Primero, el tiempo y el acogimiento para recibir a un médico que venía de un país lejano y que, des-

pues de una larga carrera como director del Departamento de Pediatría, asumía ahora la Dirección del Centro de Bioética de la Universidad Católica de Chile. Venía con muchos interrogantes y necesidad de aprender a asumir lo mejor posible mi nuevo cargo.

Nos encontramos en el "Hospital Gemelli", donde me invitó a almorzar y ahí mismo le conté de nuestros proyectos, especialmente del inicio de nuestro Magister en Bioética, al cual lo invitábamos a participar como profesor. Inmediatamente aceptó. Vino mi sorpresa después, cuando me preguntó: "¿Podría decir unas palabras de introducción a los alumnos de un curso de Bioética que está comenzando?". Sorprendido, le consulté: "¿Cuándo sería eso?". "Bueno... en media hora" -respondió-. No podía decir que no, a pesar de que en esa época consideraba que no era el más apropiado para hacerlo. Pero la persona de Mons. Sgreccia me cautivó, como también la confianza que depositó en mí y la audacia de su pedido. Confianza y audacia, otros dos rasgos de su personalidad que con el tiempo vería comprobados en muchas ocasiones y que descubrí que nacían de su profunda fe en la Providencia Divina y en las personas.

En esa primera ocasión le pedí que me contara algo de cómo se había formado el Instituto y el Centro de Bioética de la Universidad del *Sacro Cuore*. De nuevo se

dio el tiempo para hacerlo y me lo contó con una extraordinaria sencillez y modestia, atributos que siempre he pensado son características de los grandes hombres. A través de esa historia contada con sencillez pude ver su gran visión, capacidad y creatividad para sacar adelante un proyecto que tenía muchas dificultades de diversa índole, desde la comprensión por parte de las autoridades universitarias, del Estado italiano y de las limitaciones de recursos. Posteriormente supe con más detalle el tesón y la sabiduría con los que logró superar todos estos obstáculos. Pero en esa oportunidad no me habló de eso.

Con el tiempo he podido comprobar que don Elio es un hombre de Dios en el sentido cabal de la palabra, que de ahí nace toda su fuerza y su inspiración. Un hombre que ha dedicado su vida al servicio de la Iglesia en forma leal, humilde y fuerte. Nunca le vi ni un asomo de búsqueda de honores o reconocimiento.

Hoy en día jugarse por la vida es una tarea que entraña sinsabores e incomprendiones. Dirigir una Academia con miembros tan diversos y prestigiosos no es fácil. Ahí pude apreciar otras cualidades de don Elio: su respeto por todas las personas, su paciencia para escuchar a todos y su fortaleza para jugarse por la verdad con valentía y sin descalificar a nadie. Lo he visto pasar muchos sinsabores e incomprendiones, pero siempre en el fondo está el hombre que transmite paz,

que irradia una alegría profunda matizada con un gran sentido del humor.

Tuve la oportunidad de hacer un breve período sabático en Roma. Fue para mi esposa y para mí un tiempo que jamás olvidaremos. Todo fue muy sencillo: departamento, oficina, facilidades de trabajo. ¿Quién estaba detrás? Don Elio. Mi esposa me comentó: "Él es también un padre que se preocupa por sus hijos". Después pude apreciar cómo se preocupaba por la gente joven en formación, les buscaba becas, financiamiento y sobre todo era el gran consejero para quienes daban sus primeros pasos en Bioética o querían perfeccionarse. Así también, a través del contacto con don Elio, estrechamos lazos con muchas otras personas que habían sido formadas por él o influenciadas grandemente en su desarrollo. Así se fue gestando uno de sus grandes anhelos: ir formando redes de comunicación entre todos los que adherimos a la Ética personalista. En un mundo globalizado, Mons. Sgreccia tuvo la visión de la necesidad de estar interconectados, de apoyarse en las ideas, en la formación y las estrategias en el cuidado y promoción de la vida humana.

Durante este tiempo aprecié el grato ambiente que existía en la Academia y las buenas relaciones entre todos los que ahí trabajaban. Creo que este ambiente era fruto, principalmente, de la personalidad de don Elio. Él era la autoridad en

VIDA Y ÉTICA

el sentido etimológico de la palabra, es decir, el que desarrolla y hace crecer algo. Ejercía su autoridad de modo paternal y hacía que existiera un ambiente de confianza, trabajo, amistad y respeto. Deja un ejemplo para quien lo suceda en el cargo. Asimismo, en el paseo anual que se hace con todos los que trabajan en la Academia, nos llamó la atención la versatilidad de su personalidad. En el *bus* se transformaba en el guía que nos explicaba los distintos lugares que visitábamos. También pude comprobar cuán conocido era en las distintas partes de Italia y con cuánto respeto y cariño era saludado por todos. Esto me lleva a lo que dije al inicio: la persona de Mons. Sgreccia marca a quienes lo conocen; en él se integran lo humano y lo divino.

Muchas veces me pregunté a qué hora pudo escribir su *Manual de Bioética* y tantos otros libros y artículos. Siempre tenía tiempo para recibir a quien lo buscaba, especialmente a los extranjeros. No era fácil compatibilizar todas estas cosas.

Además, descubrí que entre tantas otras cosas, también viajaba una vez al mes, para participar en el comité de Bioética, a San Giovanni Rotondo, que se encontraba a nada menos que cinco horas (yendo en auto). Y don Elio trabajaba y trabajaba, y era reconocido por todo el mundo. Algo había también entre él y el padre Pío... estoy seguro de que lo está ayudando en su último proyecto, que ya está avanzado: la Fundación *Ut Vitam Habeant* para la difusión de la verdad al servicio de la vida. Este proyecto, tal vez, expresa muy bien todo el sentido y riqueza de los ochenta años de monseñor Sgreccia. Su amor por la verdad y la vida impregnadas de esa bondad que irradia su personalidad y que se expresa hasta en detalles muy pequeños.

Sólo puedo terminar diciendo muy de corazón: ¡gracias don Elio! Y la mejor manera de agradecerle será cuidando y cultivando la herencia que nos ha dejado al servicio de la verdad, de la vida y de los más vulnerables.